

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 30 de junio de 1874.

Núm.º 4.

IDENTIDAD

del Espacio y el Tiempo en un solo espíritu puro, constituyendo la naturaleza del Sér Supremo.

Quince siglos ántes del nacimiento de Jesucristo, vinieron los fenicios á nuestras playas en busca del codiciado estaño. Quince siglos despues del nacimiento de Jesucristo fuimos los gallegos á las Indias en busca del no ménos codiciado oro. Para que se efectuara esta movilizacion ó evolucion de unas razas y otras en diferentes puntos del globo, se necesitaron, pues, treinta siglos de *duracion* en el Tiempo ó espíritu de Dios. El Tiempo ha estado siempre, como está, inmóvil. Solo la tierra se ha movilizado, — pues en toda esa *duracion* en el Tiempo ó ser de los séres, ha dado 1.096,000 vueltas de rotacion y 1,500 de traslacion. — Y aunque desde la altura filosófica de nuestras manifestaciones toda esa *duracion* y *extension* en el Tiempo y el Espacio, nos parece un soplo, — sin embargo, toda esa *duracion* (1) fué precisa para que nuestros galáicos que vieron arribar á sus playas á los fenicios en demanda del estaño, fueran á su vez á otras playas vírgenes, guiados por el mismo impulso metalúrgico, en apariencia; pero en realidad no obedecían á otra cosa que á la *accion interna de toda accion*, al Tiempo, al ser de los séres, Dios!

XVIII.

Al pasar de la historia narrativa á la filosofía histórica y de la filosofía histórica á la filosofía más elevada que puede ocupar el pensamiento humano, — séanos lícito ampliar, siquiera sintéticamente, algunas frases que empleamos relativas á la naturaleza de Dios.

Al efecto diremos que, como en nuestra teoría respecto á la divinidad del Tiempo, lo hacemos inmóvil, — en tiendase que esta inmovilidad es en sentido material ó corpóreo, puesto que el Tiempo es inmaterial é incorpóreo, por más que general y convencionalmente lo materialicemos hasta el punto de

(1) Con grave error se dá vulgarmente el nombre de tiempo á la *temperatura*, como indebidamente se dá el nombre de tiempo á la *duracion* por algunos que pasan por ilustrados. La *duracion* es la parte *cuantitativa ó rítmica* de El Tiempo; cosa que pertenece á la Cronometría, y en historia á la Cronología; — materializacion que hacemos de la espiritualidad del Tiempo para medir nuestras acciones ó regularizar los sucesos; pero no porque el Tiempo, propiamente dicho, tenga nada de material puesto que en nada es corpóreo, ni fluido, ni áun éter, siendo como es espíritu puro. La Cronometría, la Cronología y la Cronografía (ciencia de los tiempos segun el Diccionario), nada tienen que ver con la *Cronoteosofía*, conocimiento de la Divinidad del Tiempo, segun la teoría de la naturaleza de Dios que fundamos; — teoría autotélica; perla que concebimos al abrir los ojos á la luz y que guardamos siempre inmaculada en la concha de nuestra intelectualidad.

hacerlo *cuantitativo ó rítmico* (*duracion*). Al decir de él que es *la accion interna de toda accion*, parece que nos contradecemos, y no es así; porque aunque inmóvil el Tiempo en sentido material (que el *movimiento* universal no está en él sinó en los astros, los séres y las cosas), — es móvil y vivificante en sentido inmaterial ó espiritual, pues (*Alma del mundo*) es la vida de toda vida, la existencia de toda existencia — ser de todo sér, Supremo Sér en fin. Augusto Nicolás al decir que Dios es *el que es*, no dice nada: si dijera Dios es *el Es en que es todo*, diria cuanto habia que decir.

Creemos dejar bien manifestado en el párrafo anterior párrafo XVII, — la diferencia absoluta que existe entre el Tiempo y la *duracion*. El Tiempo como increado, es infinito ó ilimitado: la *duracion* es finita ó limitada: es lo material del Tiempo para nosotros, séres á la vez limitados materialmente en este globo. La *duracion* es, pues, con respecto al Tiempo, lo que la *extension* con respecto al Espacio; esto es, el instante respecto á la eternidad, Dios; el punto respecto á la inmensidad, Dios!

Así las personas como las cosas, son como cuerpos (*extension*) en el Espacio, y como séres (*duracion*) en el Tiempo. Toda *existencia*, pues, en absoluto, es en el Espacio y el Tiempo, — y concebir un sér, un *es*, superior al Espacio y al Tiempo sería un ideal, hasta imposible como ideal, y por consiguiente una aberracion, puesto que no puede ser superior una cosa á otra cuando es *dependiente* de ella como todo lo es del Espacio y del Tiempo.

Y Espacio y Tiempo, son tan solidarios, tan consustanciales, tan unívocos, tan *universo*, tan *unaversion*, que no hay punto del Espacio en que no haya instante del Tiempo, ni hay instante del Tiempo que no esté en un punto del Espacio. — Y por más que parezca un absurdo, el Espacio es tan inmaterial como el Tiempo, consustanciándose ambos en un solo ser ó abstraccion espiritual. Tal como hoy consideramos al Espacio vulgarmente, ocupado por fluidos ponderables é imponderables, decir que el espacio es inmaterial parece un gran error; pero como el Espacio *puede ser por sí* sin contener nada y nada, ni áun el éter, el Espacio queda reducido entónces con el Tiempo (*accion inmaterial de ser*), á un solo espíritu purísimo é incorpóreo, *alma del mundo*, Dios! (1).

Ampliaremos áun más esta inmensa verdad.

Depurado el espacio, concibiéndolo como se puede concebir sin materia alguna, sin fluidos ponderables é imponderables y áun sin éter, vendria á quedar reducido á un ámbito puro, completamente inmaterial (2), — pero como ese ámbito in-

(1) Téngase, pues, presente que para nosotros tiempo y espacio guardan afinidad tan absoluta, que son un mismo espíritu, sin mancha de materia ni fluido alguno, — y que cuando decimos Dios es el Tiempo, sobreentiéndase á la vez el Espacio.

(2) Entónces — direis — resultaria el vacío. ¡Error! el vacío no existe en filosofía: es una voz inventada por la escuela materialista para significar la *nada*; y la *nada*

corpóreo é inmaculado, de ningún modo podría disgregarse del Tiempo ó del *es*; como es imposible de toda imposibilidad que pueda haber punto del espacio sin instante de tiempo; como esas dos cosas, en fin, que parecen distintas, bien analizadas son una misma, y ambas tan unívocas ó consolidarias espiritualmente que en su esencia constituyen una sola y magestuosísima espiritualidad (1).—de aquí el *ser* ó la naturaleza tangible, incorpórea, increada é infinita de Dios, tiempo y espacio, ó eternidad é inmensidad.

El vulgo, al materializar ambas cosas, prueba inconscientemente que *son una sola* entidad; por ejemplo, cuando por espacio dice *intervalo de tiempo* (dicción de la Academia), y por tiempo suele decirse, *no tengo lugar ó no tengo espacio*.

Lo singular de todo esto es, que habiendo habido tantos filósofos en el mundo, desde Platon hasta Flammarión, todos hablaron del tiempo y del espacio como de pasada; todos, todos indagando la naturaleza de Dios, prescindieron por completo del tiempo y del espacio, lo immanente por esencia.

De aquí, que la ciencia no nos haya dado nunca más que un Dios *ideal*. Jamás la realidad de Dios, evidente en el Tiempo y el Espacio: en ese espíritu que por más que inventamos no podríamos sustraernos á él. Solo hemos oído una definición de Dios, atribuida á un célebre catedrático de filosofía, que se aproximaba mucho á la nuestra:—«La naturaleza de Dios—decía—consiste en su eternidad en el tiempo y en su infinito en el espacio.»—Pero aún esta definición es la de un Dios *ideal*, no la de un Dios *real* y evidente como el nuestro.—Al unos otros filósofos, al Dios ideal que conciben, le conceden el Tiempo y el Espacio como sus *atributos*. ¡Atributo! ¿cómo puede denominarse atributo de ningún ser, sea el que quiera, lo que esencialmente es superior á él? Y decimos superior á él, porque no hay ser alguno, ni real ni ideal, que pueda ser sin Tiempo y Espacio: espíritu eterno é inconmensurable por sí mismo: intelección de toda intelección, porque es inmanente como nada y nada de cuanto se vé ó pueda concebirse. ¡Atributo! Tanto valiera entonces decir que nuestro espíritu es atributo de nuestro *ser*, cuando es nuestro ser mismo, cuando *es nuestro yo* en el *Yo de todo Es*, el Tiempo, vulgo Dios!

Con respecto á la confusión que hay sobre el Tiempo y la Eternidad, no representando ambas palabras sino un solo espíritu, basta consignar que tanto vale decir en filosofía *la eternidad del Tiempo* como *el Tiempo de la Eternidad*.

Cuanto acabamos de manifestar es la base de nuestras afirmaciones sobre el *ser* ó naturaleza de la Divinidad. Si la ciencia logra destruir esta base, quedan destruidas nuestras afirmaciones autotéticas.

Nuestra teoría sobre el *ser* real de Dios, no

da tampoco existe en filosofía, puesto que *todo instante del tiempo está en todo punto del espacio y todo punto del espacio en todo instante del tiempo*. Cuando el espíritu de Dios está permanente en todas partes, mal pudiera decirse que existía el vacío ó la nada en alguna.

(1) Somos, pues, los primeros que en el Tiempo y el Espacio reconocemos y proclamamos un solo espíritu puro, Dios!

puede ser más positiva, por ejemplo, en esta forma:

«Cuanto es en el universo, y aún el universo mismo, «no puede ser» sin tiempo y sin espacio;—y el Tiempo y el Espacio «pueden ser» sin cuanto existe en el universo.»

Haciendo, pues, un sencillo esfuerzo de espíritu, podemos concebir (como lo concibe un ciego de nacimiento) al Tiempo y al Espacio sin soles, sin estrellas, sin pluralidad de mundos, sin luz, en un completo vacío material en fin;—pero *sin tiempo y sin espacio* no podemos ni nadie puede concebir el *cosmos* ó el universo. Por eso la abstracción Tiempo y Espacio, ser de todo ser y espíritu de todo espíritu, constituye el *ser* real, intrínseco, evidente de Dios.

Respecto á la parte activa é inteligente del Tiempo sería preciso carecer de toda noción filosófica para dudar de ella: siendo el Tiempo espíritu puro, esto solo basta. Tanto valiera dudar de que, *porque no tenga manos* no pueda ser él, lo increado, autor de la creación. Uno de nuestros impugnadores, el famoso P. Sanchez escribió en un periódico neo católico de Madrid: «que el Tiempo no podía ser Dios porque su razón le decía que el Tiempo no era un ser activo é inteligente.» Para que sucediese eso era preciso que el Tiempo, no fuera espíritu puro y si materia ó un fluido cualquiera. Pero siendo el Tiempo espíritu de todo espíritu porque no hay alguno más inmenso que él, claro está que su acción espiritual es la única suprema y su intelección la intelección más suprema también por su immanencia sin igual y sin mayor. El instinto popular manifiesta continuamente bajo múltiples formas, que el Tiempo es una entidad suprema, *activa é inteligente*. A cada momento oímos: *el tiempo nos aclarará lo que hubo en tal cosa ó la otra: el tiempo dirá: para verdades el tiempo: el tiempo te desenjañará: al tiempo doy por testigo, etc.*—y leemos hasta en obras académicas y en la prensa diaria locuciones en que el tiempo se considera *por la generalidad para la generalidad* como ser ó entidad activa é inteligente. En el momento en que esto escribimos, por ejemplo, tenemos á la vista un número del diario *La Igualdad* (1), que al lamentarse en un sueto de fondo de la desaparición del Sr. Figueras Presidente del Poder Ejecutivo,—desaparición que causó el asombro de todos nuestros partidos políticos,—concluye con estas palabras:

«Cumple á los buenos republicanos deponer todo enojo (contra la deserción de Figueras) y esperar á que hable el tiempo.»

A que hable el Tiempo! Jamás hubiéramos escrito eso nosotros, porque Dios (el Tiempo) no puede hablar. Espíritu puro, nada hay en él de material para que se materialice hasta el punto de hablar. Hablar! Y qué necesidad tiene él de hablar? Hablan, y hablarán sus *agentes* en él (el Tiempo) é impulsados por él, acción espiritual increada de toda la acción material creada. Ya ven, pues, los católicos neos ó rancios; los acérrimos partidarios del *personalismo* de Dios; los que lo han *humanizado* en un hombre,—que su negación sobre la ac-

(1) Núm. 1.301, correspondiente al jueves 12 de junio de 1873—primera plana, 3.^a columna.

tividad é inteligencia del Tiempo, dista mucho del sentimiento público y de las conclusiones más elevadas y decisivas de la ciencia.

El obispo de nuestra diócesis (Mondoñedo) refutó también nuestra teoría en siete pliegos de papel,—refutación confusa e insustancial para la ciencia como todo lo que surge de la teología católica; pero cuya síntesis ó cargo principal era: «*que no por que nadie supiese lo que era el tiempo, podía decirse que el Tiempo era Dios*»;—argumentación que nos hizo encoger de hombros.

El cardenal arzobispo de Compostela nos escribía también (refutando nuestra teoría:) «*que el Tiempo no era Dios, porque el Tiempo no era más que la simple duración de las cosas*». Esta definición tan pobre, que no era suya y sí del P. Lamy en el prólogo de su obra *La Sagrada Escritura*; esta definición tan pobre—repetimos—confunde el Tiempo con la duración, lo inmedible con lo medible, lo ilimitado con lo limitado, lo increado con lo transitorio, el espíritu con la materia. Pero así, no advertía el misero prelado que proclamaba inconscientemente la bondad de nuestra teoría, porque como *durar es ser*, luego *el Tiempo es el simple ser de las cosas*, ó lo que es lo mismo el Ser Supremo.

¡Acción espiritual! inteligencia! Si el Tiempo cesase de ser por un momento (y permitásenos esta suposición hasta imposible como suposición), la vida del universo quedaría así mismo en suspenso. Por el contrario (y esto puede concebirse posible), si cesase la creación ó obra de Dios, si cesase el movimiento de los fluidos ponderables é imponderables (movimiento materia al fin), resultaría que el Espacio ó el universo semejaría un inmenso cuadro donde aparecerían como pintados los astros, los seres y las cosas;—y aún así la acción inmaterial ó espiritual del Tiempo, destruiría imperceptiblemente para nosotros esos astros, esos seres, esas cosas;—y lo que tiene en sí poder para destruir, lo tenía á la vez para crear, puesto que la acción de destruir entraña, cuando ménos, la acción de modificar.

Comprendan bien esto los que nos han tachado de panteístas. El ser ó realidad de Dios la constituye el Tiempo y el Espacio,—todo lo demás es su obra (1).—Dios (Tiempo y Espacio) puede

(1) Dios (tiempo y espacio) está *espiritualmente* en todo, y *materalmente* en nada. Espíritu puro, aunque quisiera, no puede humanizarse ó materializarse. ¡Y para qué, si como omnipotente por naturaleza, realiza cuanto quiera que suceda desde su condición divina!—si la materia es, pues, obra suya, Dios no es el gran todo de Spinoza,—panteísmo puro;—y en este caso nuestra definición está muy lejos de ser panteísta. Nuestra definición es altamente espiritualista: Dios (tiempo y espacio, espíritu puro) está en toda materia espiritualmente, y ni un átomo de materia es sin él, ó sin su espíritu (tiempo y espacio).

Para destruir la filosofía materialista, bastaba solo esta pregunta:

¿El tiempo es espíritu ó materia?

Como no podría confundir el tiempo con la duración, lo ilimitado con lo limitado, la contestación no podía ménos de ser satisfactoria. Y en este caso se le remataba con esta otra:

Y el tiempo ¿no es la existencia de toda existencia, el ser de todo ser, y hasta de toda materia?

ser sin fluidos ponderables é imponderables; pero estos *no pueden* ser sin Dios (Tiempo y Espacio). Y una de las mayores dificultades que encontrareis para comprender la majestad del Ser de los seres (Tiempo y Espacio), consiste en la educación que recibisteis, pues inculcaron en vuestra mente las nociones de Dios *bajo formas humanas*. Dios (Tiempo y Espacio) es lo contrario de todo eso. El ser humano está formado para el exterior de sí mismo: todos sus órganos de percepción como el tacto, el olfato, la vista, el oído, etc., están formados para el exterior de sí mismo. nada ó muy poco sabe el hombre de *su vida interna*, ni acaso (patológicamente) como circula su sangre, ni (psicológicamente) como funciona su pensamiento y por qué, ni (fisiológicamente) la afinidad de su ser espíritu y materia ó alma y cuerpo. El Eterno, por el contrario, como fuera de sí (Tiempo y Espacio) no hay vida exterior, todo él está permanente é íntegro en la vida interna de sí mismo, teniendo en todas partes centro y en ninguna circunferencia ó término. Concebir un ser así, bien lo consideramos la mayor de las dificultades, no solo para la gente oscura sino para la que pasa por ilustrada. Por eso la naturaleza del ser divino, sobre ser única, no se parece en nada ni para nada á la naturaleza antropológica,—ni aun, haciendo más general la comparación,—no se parece en nada ni para nada á la naturaleza de todos los seres humanos, desde la de un Newton hasta la de un *infusorio*.

Newton! nadie en nuestro concepto se acercó más á conocer la naturaleza del Eterno que esta inteligencia que escribió las leyes de la atracción universal, en la *extensión y la duración*, con caracteres de fuego; pero consideró al Tiempo móvil materialmente como todos.—y de aquí el *es, pero no es*, que altera su profunda filosofía. Primer materialista del mundo—porque nadie como él sorprendió la ley á que obedecen los movimientos de la mecánica celeste, determinando científicamente que aquellos cuerpos *se atraen* en razón directa de las masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias.—cuando creía que estudiando las propiedades de la materia en general iba á so prender asimismo la magestad ó la naturaleza de Dios, tuvo que abatir la frente en el polvo al definirla, apelando confusa pero *espiritualmente*, al Tiempo y al Espacio, como el *summa* de toda su sabiduría.

Sobre la base de la *Philosophia naturalis principia* de aquel gran hombre, se eleva en nuestros días otro gigante intelectual, Camilo Flammarion. Su obra *Dios en la Naturaleza*, es tal vez de lo más grande que se ha escrito,—sin embargo de que ver *Dios en la Naturaleza*, en eso nada nos dice de nuevo porque ya lo veíamos desde que nuestra inteligencia se abrió á la luz de la razón: lo que convenia demostrar más, no es *Dios en la Naturaleza*; si *la naturaleza de Dios*, que es nuestro objetivo.

Pero ¿qué nos dice Flammarion sobre la naturaleza de Dios? Méenos que Newton: siempre un *ideal*, siempre! Jamás una realidad.

(Se continuará.)

Claro está que si, porque el tiempo *puede ser* sin un átomo de materia en el espacio, y el átomo no podía ser sin tiempo y sin ámbito ó espacio.

ILDARA DE COUREL.

Al señor don Benito Vicetto.

RECUERDO DE SU NOVELA

LOS HIDALGOS DE MONFORTE,

I.

Ildara de Courel! sombra querida,
dulce como el cantar de los cantares,
¿qué nuevo canto te volvió á la vida?
¿de quién la voz que cuenta tus pesares?

Vivías cual paloma solitaria
en los pasados tiempos sin memoria,
envuelto en melancólica plegaria
el triste fin de tu doliente historia.
¿Quién amó como tú? quien era pura
como Ildara lo era en su martirio?
semejaba en su siglo tu hermosura,
en de-ier-to erial, cárdeno lirio.

Tu queja es como brisa gemidora,
tu llanto como gotas de rocío,
del cielo es el amor que te enamora
y es de los cielos tu dolor, bien mío.

Ildara de Courel! flotante maga
envuelta en delicadas vestiduras,
que allá del Cabe entre las ondas vaga
gimiendo sus eternas desventuras.

Pobre y amante atormentada esposa,
entre el amor y entre el deber luchando,
volviste á Dios los ojos temerosa,
santo remedio á tu dolor buscando.

Y en torno de tu frente inmaculada
los ángeles sus alas desplegaron,
y un rayo de la cética morada
sobre tu mártir frente reflejaron

Y con himnos y músicas y flores
y voces de otros mundos diferentes,
arrullaron castisimos amores
que en tu seno nacían sonrientes.

II.

Nacían como nubes,
como suspiros,
como brisas que ruedan
en leves giros.
Como lejana música
que suena triste
ó del Cabe las olas
que el azul viste;
parecían estrellas
de luz dorada,
bellas como tu frente
inmaculada.
De la noche en los pliegues
oculta sombra,
queja que el lábio trémulo
apenas nombra.
Susurro de los árboles,
dorado insecto,
perfume que evapora
el aire infecto.
Rayo que el sol tiende
sobre la tierra,
semilla de los cielos
que el bien encierra.
En las dormidas flores
fresco rocío,
auras leves y blandas
del bosque umbrío.

Y luz, aire y cánticos
de otras esferas,
magas que entre las nieblas
surgen ligeras.
Bajo las blancas alas
traían consuelo
y el amor de la tierra
con el del cielo
Y cerraban tus párpados
con blanda mano,
y te hablaban al alma
con voz de hermano.
Y volvían los sueños
y la esperanza
de un amor que en la tierra
jamás se alcanza.
¡Ah! que no hallaste nunca,
ángel del cielo,
en el valle de lágrimas
santo consuelo.

III.

El ángel del dolor durmió en tu cuna
y tú al abrir los ojos sonreíste,
y desde entonces ¡ah! por tu fortuna
abrigo dentro el corazón le diste.

Y al seguir de tu vida en el camino
fué siempre compañero silencioso..
Ildara! padecer fué tu destino,
y hallaste solo en el no ser reposo.

Blanca como la nieve en la montaña
tu rostro, niña, y tu esperanza era,
y tus ojos de azul, cual la que baña
en la orilla del mar onda ligera.

Y leve como el aura en los jardines
nadie en el mundo tal belleza vió;
que vencía á los blancos serafines,
que ni el Beato Angélico soñó.

Un vaso de perfumes semejabas
en que dones vertió naturaleza,
y en que tesoros tantos encerrabas
que era el menor de todos la pureza.

Y de tanta virtud, tanta hermosura
¿qué nos quedó de tu doliente historia
si á recordar tan negra desventura
rebelde se negaba la memoria?

¿Si del pasado tiempo entre la bruma
tu canto de tristezas se perdía
como se pierde entre nevada espuma
el color de que el ola se teñía?

¿Qué nos quedó de ti? recuerdo santo
que oculto entre las nieblas del olvido
vibró elocuente en el sonoro canto
del cantor de tus penas, bendecido.

Y fué tu amante sí, que cada nota
que despide tristísima su lira
es un deseo que en su pecho brota,
es un gemido que el dolor suspira
Tu amante sí, que recorrió contigo
el camino sin fin de tu calvario;
en sus ojos el llanto del amigo,
y hondo en el pecho el duelo solitario.

IV.

Quien con amarga voz tu historia cuenta
y de tu amor eterno la pelea,
y con tus penas su penar aumenta,
y llora tu dolor ¡bendito sea!

Quien levanta tu nombre del olvido
y otro pasado mundo alienta y crea,
y con su dulce canto nunca oído
nueva vida te dá ¡bendito sea!

Bendito el bardo errante que el camino
al seguir de su vida tristemente,
siendo en su propia patria peregrino
sin hallar piedra en que doblar su frente;

Cruzó por ese valle sin ventura,
á la sombra durmió del centenario
arbol, que viste flores y verdura,
y levantó tu sombra del osario.

Y como blanca nube desprendida
bajáste á su voz, hermosa Ildara,
y oyó de ti, la historia no aprendida
de tu amor, de que el tiempo se olvidára.

Por eso el canto que en su labio suena,
por eso el himno que á tu amor entona,
es un canto sin fin de amarga pena
y un himno es que tu martirio abona.

Y á la torpe y atenta muchedumbre
contó despues tu desgraciada historia,
y esa historia de duelo y pesadumbre
es el padron eterno de su gloria!

MANUEL MURGUÍA

1836.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL FEUDO DE LAS CIEN DONCELLAS.

II.

El juego de dados.

—Es el caso (1), me dijo despues de una breve pausa, que habia un rey de Leon llamado Mauregato, que tenia la corte en Astorga por lo que aun los habitantes de aquellas tierras, por gastar el traje que él usaba, les llaman Maragatos, voz corrompida de Mauregatos. Este rey era hijo de don Alonso I y de una mora esclava, y se introdujo en el reino con el auxilio de los moros, á quienes ofreció el infame tributo de cincuenta doncellas nobles y cincuenta pebeyas. Nadie se opuso á esto, aunque les parecia odioso, porque todos confiaban en que á la muerte de Mauregato se aboliria; pero Mauregato murió aborrecido de todos, y su sucesor Bermudo I, reinó sin quebrantar el tributo hasta que murió y entró á reinar su sobrino D. Alonso el Casto.

—Pero parece que me estais contando eso con la historia en la mano: le dije admirado de su memoria.

—Ah, señor, es que me gusta tanto leer esas historias de reyes, me contestó, que como dice mi hermano yo debía ser fraile.

Yo bendije á la casualidad que me habia dado un guia á pedir de boca para la tradicion de Peto Burdelo; y él continuó:

—D. Alonso II el Casto, no podia ménos de mirar este tributo con horror, atendido su carácter piadoso, pero no se hallaba en el caso de librarle la guerra al moro, porque el reino estaba desmembrado de gentes y dineros; así que confió en que

el cielo le ayudaria ó libraria á su estado de aquella calamidad.

Todos los años, por el dia primero de mayo, acostumbraban los moros á venir en busca de las cien jóvenes, de las que Galicia tenia que dar treinta, y Leon, Asturias y Portugal las demás.

—Entónces, le dije, de ahí resultará la confusión que reina en algunos autores en fijar el pronunciamiento en los distintos puntos que habeis dicho ántes.

—De ahí resulta, afirmé; pues las que libraron en Simancas, segun tradicion, dicen que Simancas se llama así porque en aquel pueblo recibian las veinte que daba Castilla; y que aburridos los parientes, cuando el rompimiento, se las entregaron á los moros sin manos, y que al verlas estos así mancas, entraron en guerra. Pero volvamos á nuestra historia de Peto Burdelo. Mire V...

Y tendió la mano hácia la llanura que teniamos enfrente, donde se alzaba una bellissima y pintoresca fabrica de curtidos.

—¿Vé V. ese llano?

—Bien...

—Pues en ese llano habia muchas higueras, y entres las higueras casas de labradores. Para ir de esas higueras á la ciudad se atravesaba un puente-cito que habia un poco más allá de donde esta ese, y en aquel puente era donde se entregaban las treinta doncellas á los moros. Pues al primer año del reinado de D. Alfonso el Casto, que fué en el que sucedió la memorable hazaña de los Figueras, vivia en una de las casas que se alzaban en esa llanura que llamaban el Feigueral, ó sea el campo de las higueras, ántes del reinado de Mauregato, vivia pues, allí un tal Ferrando, casado con Maria de Ulla. Este labrador tenia muchos hijos: uno se llamaba Soyro ó Suero, otro Alfonso, otro Pedro, otro Arias, y otro Ferrando, varones; y Maria, Eugenia, Memorana, Mancha, Roseuda é Ildara, hembras.

Pocos meses ántes de venir los moros en busca de sus presas, Servando que era un labrador joven y robusto, como estaba muy enamorado de Memorana, la hija más bella de todas las de Ferrando y Maria de Ulla, y la más hermosa del pais; se presentó á estos y les pidió la hija para casarse con ella. Los padres se la negaron, porque él no tenia mucha hacienda y ellos querian que el que se llevase á Memorana fuera de lo más rico del pais por ser ella muy linda.

Volviase el enamorado doncel aburrido por la negativa de Ferrando, y al pasar el puentecillo todos los hijos varones de él, que venian de la ciudad, lo encontraron y al verlo tan triste y cabizbajo, le preguntaron que tenia.

—Vuestro padre me niega la mano de Memorana... contestó el mozo; dice que no soy bastante rico para ser su marido.

—Mi padre obra mal en eso; contestó Alfonso que era de los más atrevidos y resueltos, y que estaba enamorado tambien de otra hermana de Servando.

—Tiene razon Alfonso, dijo Arias, mi padre debía darle á mi hermana porque eres tan valiente y tan honrado como nosotros.

—Así es, añadió Soyro; tú eres un amigo bue-

(1) Permitaseme referir la tradicion con los mismos giros y resabios con que la oí, por parecerme más poética.

no y un labrador como pocos y mereces ser casado con mi hermana.

—Vamos á suplicar á nuestro padre, gritó Ferrando, que se la conceda, pues á Servando lo queremos todos como si fuera otro hermano.

—Y á decirle, añadió Pedro, por no ser ménos que los demás en darle una prueba de interés á Servando; y á decirle que si no la casa contigo, dentro de pocos días vendrán los moros y .. tal vez la que tanto rehusa dar ahora buenamente... se la llevarán para no volverla á ver.

Esta objecion de Pedro hizo temblar á todos. Al que no hizo temblar por la suerte de su amada, lo hizo temblar por la suerte de una hermana.

Así que, todos se miraron con terror; y en la expresion de sus semblantes podian muy bien notarse los temores que les asaltaron para el porvenir.

—¡Oh! ¡Dios maldiga á los moros! dijo Alfonso acordándose de Ildaura, la hermana de Servando.

—¡Dios los confunda! gritaron todos en coro.

—¡Y ha de durar ese tributo siempre! exclamó Soyro: y hemos de consentir en ver llevar nuestras querida y nuestras hermanas, para no volverlas á ver más...

—¡Y todo eso con nuestros ojos, al pié de nuestras casas! añadió Alfonso.

—¡Y nosotros con los brazos cruzados! dijo Arias.

—¡Oh! bramó Servando.

—¡Que mueran! ¡que maeran! gritó Ferrando ¡Mueran los moros!

Como estaban los ánimos exaltados tan profundamente, redoblaron sus gritos de ¡mueran los moros! ¡mueran los moros!

—¡Eh! hermanos, objetó Pedro: es necesario que no nos contentemos con decir mueran los moros; eso no vale nada! Es necesario hechos

—¡Hechos! murmuraron todos temblando, porque infundia tanto temor el solo nombre de ¡los moros!

Pero volviendo todos á recobrar su animosidad habitual, y todos con los ojos encendidos, prometia cada cual ser el primero en arriésgarse á matarlos...

—¡Orden! ¡Orden! exclamó Pedro que parecia el más formal; una vez que todos queremos ser el primero que dé el grito, que lo decida el juego de dados.

—¡Bien! ¡bien! contestaron todos.

Y Pedro sacó el pequeño rombo blanco de un bolsillo, y dándole vueltas en la mano se encaró á Ferrando y le preguntó:

—¿Qué pides... pares ó nones?

—Pares... contestó aquel.

Echóse á rodar el rombo y paróse presentando clara y distintamente en su faceta superior cuatro puntos.

—¡Pares! exclamaron todos,

Y Ferrando radiante de alegría, cogió el rombo, lo batió en la mano, y como Pedro se encaró á Soyro preguntándole:

—¿Pares ó nones? ..

—Pares, contestó el mozo visiblemente ajitado.

Rodó el rombo, paró, y su faceta superior presentó tres puntos.

—¡Nones! exclamó Soyro con rabia, y se retiró hacia el pretil del puente.

—¿Qué quieres... pares ó nones? preguntó Ferrando, orgulloso del triunfo, á Alfonso.

—¡Pares! contestó este tembloroso.

Volvió á rodar el rombo y volvió á pararse y á presentar otra vez los tres puntos...

—¡Tres! gritó Alfonso con tristeza; y se retiró junto á Pedro y Soyro.

La satisfaccion más noble radiaba en la frente de Ferrando.

—¿Qué pides, pares ó nones? dijo á Arias.

—¡Pares! contestó vivamente.

Rodó el rombo y al pararse presentó seis puntos negros.

—¡Gané...! ¡gané! gritó Arias con el más espontáneo gozo.

Ferrando se retiró cabizbajo: su derrota habia sido la más sensible.

—Ahora solo quedamos los dos, Servando; gritó Arias con intencion.

—Veamos, pues... balbuceó el desesperado amante de Memorana.

—¿Pares ó nones? preguntó Arias.

Todos pusieron atencion á esta última suerte, porque era esta la que decidiria de una vez el mozo á quien Dios habia de favorecer.

—¿A cuántos estamos del mes? preguntó Servando.

—A dos... exclamaron.

—Pues entonces pares... dijo.

Rodó el cuadrilátero y se paró. Todos se agolparon con más curiosidad que nunca.

—¡Pares! exclamaron.

Y todas las miradas cayeron sobre Servando, que se quedó plantado en medio del puente, con la sonrisa en los labios y los ojos brillantes de gozo por el singular favor que recibia de la suerte. Después cerró la noche.

B. VICETTO.

(Se concluirá).

SONETO.

Guerreros en cuartel siempre que hay guerra,
polticos sin nota y sin distrito,
eminencias de zambra y de garito,
botones de ancla navegando en tierra,

Cesantes cuyo activo nos aterra,
y otros zoilos, en cóncave maldito,
mantienen de su envidia el apetito
zurciendo el chiste que baldon encierra.

El pueblo, aunque viril, sóbrio y honrado
tiene al dios Momo en su mejor entraña,
espando el concepto emponzoñado;

Le dan el chiste, y como hiere y daña
aunque hiera en el alma del Estado,
hace del chiste la opinion de España.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

20 de noviembre de 1875.

GALICIA PINTORESCA.

MONTE FURADO.

Las generaciones son tan vanas y tan ingratas como los individuos. La juventud desdeña la prudencia de la ancianidad y la llama cobardía para no tomarse el trabajo de venerarla, ó quizá por no reconocer su irreflexiva ligereza; el talento precóz se rie de la sabiduría consumada para no rendirla culto, ó tal vez por encubrir lo muchísimo que ignora. Muy poco ó nada valen para nuestros doctores, y nuestros poetas, y nuestros políticos, y nuestros artistas, Alfonso X, que no era individuo de ninguna academia; Macías, que no ha escrito sinó muy desaliñados versos; Saavedra Fajardo, que no entendía nada de eso que ahora se llama equilibrio de poderes, y el escultor Castro, que sólo se ha ocupado en hacer figuras de retablo ó imágenes de pórticos de iglesia.

Esa justicia incompleta, por no decir hipócrita, que el hombre de hoy rinde al hombre de ayer, que el génio que vive en el corazón de sus contemporáneos tributa al génio que vive en la memoria de la historia, es la misma que los siglos presentes hacen á los pasados siglos, justicia mezquina y mutilada porque la envidia la achica, porque los celos la empuñan. Tan débil es nuestro ser, que hasta el polvo de las tumbas nos embaraza en nuestro camino.

Orgullosos los que hemos alcanzado esta primera mitad del siglo XIX, con nuestro vapor y nuestra electricidad, con nuestra química y nuestra mecánica, con nuestros principios sociales y nuestros dogmas morales; no nos acordamos que sin haber conocido Arquimides la descomposición de la luz, quemó desde su gabinete las naves de los romanos; no nos acordamos que sin tener Colon un *steamar* de *helise* descubrió un mundo sobre un barquichu-lo que en la actualidad no serviría para cruzar el canal de la Mancha; no nos acordamos que sin haber alcanzado las infinitas reacciones de los metales, las combinaciones armónicas del sonido, los prodigiosos efectos de la maquinaria, los antiguos construyeron la estatua de Memnon que saludaba al sol al ser herida por sus rayos; no nos acordamos que Sócrates sin haber leído el Evangelio, predicó la unidad de Dios y la fraternidad de la especie humana.

Ahí tenemos á Inglaterra que hiende el Támesis por bajo de su alveo, y todos se apresuran á ensalzar el prodigio y la grandeza de las artes modernas, la perseverante insistencia de la nación atrevida que gasta sus años, que consume la inteligencia de sus ingenieros y el caudal de sus capitalistas en la obra colosal del Tunnel; y mientras tanto otras obras realizadas sin el auxilio de la pólvora y de las cábricas complicadas, sin las nociones exactas de la hidráulica, sin el concurso de las corporaciones científicas, sin el aliciente de los soberbios, yacen olvidadas hasta de la memoria del viajero, hasta de la paleta del pintor, hasta de los apuntes del curioso.

El monte Furado pertenece á una de estas obras que semejantes á ciertos manuscritos perdidos en el polvo de las bibliotecas y conocidos únicamente de unos cuantos bibliógrafos, sólo le conocen, sólo le contemplan y le admiran los que han tenido no sé si la fortuna ó la desdicha de nacer y de habitar en ese despreciado rincón de la España occidental, en esa oscura Galicia cubierta para el resto de la península entre la bruma de sus colinas y la indolencia de sus humildes y descuidados moradores.

El monte Furado, así llamado en el dialecto gallego, que quiere decir *monte horadado*, se halla en el confin de la provincia de Lugo, partido judicial

de Quiroga en un fértil y risueño vallecito, rodeado de altas montañas que atraviesan diferentes caminos que conducen al interior de la provincia, la limitrofe de Orense. En este montecito ó loma, que es la continuación de su descenso de la cordillera que se extiende á sus costados, está atravesado de oriente á poniente por un ancho y elevado canal abierto en la peña viva, que dá paso al célebre y caudaloso río Sil. No hay inscripción alguna en sus paredes, ni una página en los anales del país que demuestren quiénes fueron los autores de esta atrevida ejecución ni la época en que se llevó á cabo; pero la tradición, que es la palabra hablada haciendo las veces de la palabra escrita; varias monedas halladas en sus cercanías, que son para la historia social del mundo lo que para la física los restos antediluvianos; y otras construcciones inmediatas, como el puente sobre el río Vibey y el camino conocido con el nombre de los *Codos de Larouco*, acredita que á los romanos corresponde la gloria de este monumento, y al emperador Trajano el lauro de haberlo decretado. Los mismos antecedentes inducen á creer que los trabajos para su ejecución tuvieron lugar cuando se hallaba acantonada en aquel territorio la 11.^a legión, de donde tomó sin duda nombre un pueblecillo que llaman *Castro de Seamil*, y más comunmente *Seamil*.

La mejor explotación del oro en laminillas y granos que entre sus arenas arrastra el Sil, el propósito de economizar un puente de largas dimensiones y la adquisición de fértiles terrenos, conseguida con el cambio del alveo del río, son en nuestro concepto las causas á que se ha debido la construcción soberbia de que nos estamos ocupando. Es menester reconocerla minuciosamente y en sus más pequeños detalles para formarse una idea aproximada de lo prodigioso y gigantesco de la obra. El asombro del observador crece á medida que contempla las inmensas moles de granito que hubo que reducir á polvo sin otros agentes que algunos instrumentos de la simplicidad ó sencillez de la palanca.

Tres cosas son principalmente las que deben admirarse en el monte Furado. La primera las grandes represas, cuyos vestigios se conservan, hechas para contener el desbordamiento de las aguas y facilitar los trabajos sucesivos: la segunda el canal ó alveo de 3,200 piés de longitud, 70 de latitud y 30 de profundidad, abierto en las rocas para conducir las aguas al pié del monte; y tercera, el estanque, llamado la *Pesquera*, formado para recibir las aguas á la salida del mencionado monte por la parte que mira al poniente; estanque que tiene desde la boca del túnel á la orilla sobre 1,000 piés, por 1,200 de anchura. El monte medido desde una á otra boca por la parte exterior, dá un resultado de 1,700 piés superficiales, y la bóveda ó galería una tercera parte. La altura de esta galería, medida en los meses de verano, desde la flor de agua es de 30 á 40, y desde esta al fondo de 30 á 70, según está más ó menos atascado el canal por el arrastre continuo de las arenas. En dicha época del año se vé un botabanco ó cornisa de 2 piés de anchura, que corre á lo largo de la bóveda por ámbos costados, en los que se encuentran cinco puertas: dos en el uno y tres en el otro; puertas que daban paso á otras tantas galerías subterráneas, que al presente se hallan atascadas, á excepción de dos, cuyas salidas reconocen los prácticos á larga distancia del río, sin que puedan determinar los usos para que fueran construidas, á no ser para evitar en las grandes avenidas el retroceso del río á su antigua madre, como sucede al presente, á pesar de que es muy raro el año en que las aguas den la vuelta completa.

Estas inundaciones, manantial perenne de fecundidad para las tierras, son sumamente pintorescas por

la perspectiva que presentan y dan al paisaje una semejanza aunque en miniatura con las del Nilo.

Las producciones del valle están reducidas a vino, aceite, deliciosísimas frutas y castañas. Las rocas de que se halla sembrado el terreno son calcáreas de granito y de diversas especies de pizarras.

Corona una de las crestas del monte un fuerte de construcción no muy antigua. En nuestra guerra peninsular, sirvió de asilo y de punto de defensa á los que trocaban de la noche á la mañana la azada por el fusil; hoy solo sirve como punto de meditacion y de descanso á cuantos cruzan los valles de Quiroga para contemplar el magnífico espectáculo del monte Furado.

J. R. Y FIGUEROA.

Mayo de 1851.

MADRIGAL.

A*...

Ofrece el arroyuelo plateado
fuerza, jugo y verdor al verde prado:
el sol que reververa,
malices y cambiantes de colores:
la tierna primavera
esmalta su tapiz con bellas flores;
y el nílido rocío
vida le infunde en el ardiente estío.

Lo mismo tú le ofreces á mi alma
encanto, amor y bienhechora calma:
porque eres tú, muger, al pecho mio
lo que al prado la flor, el sol y el río.

LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA.

1857.

TRADICIONES MONÁSTICAS DE GALICIA.

LA MONJA DE SAN PAYO.

III.

Fácil es de explicar el diálogo que acabamos de escribir conociendo la dominacion peligrosa que en la época á que nos referimos ejercian los frailes. El despotismo religioso, si bien habia decaido desde la extincion de un tribunal aborrecido, todavia ejercia su dañina influencia sobre las almas débiles que creian ver en lontananza el restablecimiento de las mazmorras y hogueras que sus dominadores les pintaban. Estos eran los sueños dorados de esos hombres pusilánimes que guiados toda su vida por consejos monásticos, no tenían otra voluntad que la de sus confesores. ¡Miserables autómatas que los Ginesillos del claustro ponian en juego para sus terribles maquinaciones!

Fascinados los padres de familia por la suave elocuencia del P. Ubaldo y amedrentados por el horroroso porvenir de su hija, que el fraile describia con siniestros colores, cedieron á sus instancias y entregaron á la hermosa jóven en manos de su ver-

ducho. Carlos, el pobre Carlos, fué la causa de tan extraña determinacion.

El P. Ubaldo sabia ya el cariño que este jóven profesaba á Maria, ese cariño que él tradujo por una sola mirada, y pintando, ese amor puro, innato, como un amor criminal, calculado, fácil le fué conseguir sus intentos para trasladar á su víctima á un recinto sagrado.

Tranquila Maria despues de algun tiempo de oracion, única panacea de nuestros males, pidió pormenores á su madre acerca del proyecto que hacia poco le manifestára, y supo que el convento que la estaba destinado era el de San Payo, y la hora en que tenia que abandonarlos las doce de la noche. Inmediatamente escribió á su amante la suerte que la tenia preparada confiando en él como el único apoyo de su triste vida y el único que podia salvarla de tan azarosa situacion.

IV.

Las once de la noche acababa de dar el reloj de la Catedral con su voz hueca y sonora, que cundió circularmente en las capas de la atmósfera como las ondas causadas por el choque de una piedra sobre las tranquilas aguas de un estanque. Estas once campanadas resonaron en el corazon de Maria como en los oidos de un moribundo que tiene calculada su vida. Pero á ese ruido monótono y vibrante del bronce, se unió otro tan significativo como inesperado para aquella familia anegada en llanto. Era el rodar de un carruaje que venia á trasladar á la futura monja al sepulcro de su belleza.

El ruido del reló y el del carruaje se apagaron en un mismo eco... y un cuerpo negro descendió de este vehiculo misterioso. Abriéronse todas las puertas á su paso y presentóse en la habitacion, teatro de sus infames manejos.

El P. Ubaldo venia á reclamar su víctima.

Hubo un momento de silencio interrumpido tan solo por los sollozos de tres personas.

—Vamos, exclamó la cuarta, y que no lloraba porque su corazon no habia llorado jamás:

—¡Madre mia!... ¡Padre mio! se oyó una voz, dulce como la de un ángel, y que deseaba prolongar todo lo posible aquellos momentos de agonía.

—¡Vamos! volvió á repetir el fraile, y todos se estremecieron con el enérgico acento de esa palabra.

Los cuatro descendieron hasta la calle, subieron al coche que los aguardaba y un ruido sordo y prolongado, como el eco lejano de un trueno, volvió á interrumpir el silencio de la noche.

Maria habia partido ya.

Poco despues un hombre pálido, jadeante, seguía presuroso el ligero galopar de los caballos que conducian á Maria. El coche le precedia algunos pasos y era imposible vencer esa distancia que insensiblemente iba aumentando.

(Se continuará.)

RAMON RUA FIGUEROA

Coruña. -1855.

EL DANTE MORIBUNDO.

Perdóname si turbo,
oh virgen hechicera,
la paz de tu alahud,
con las dolientes notas
del canto melancólico
que en gemidores ecos ensaya mi laud.

Perdóname, si triste
retrato en mi memoria
tu rostro divinal,
y riego tu sepulcro
con las ardientes lágrimas
que de mis ojos brotan en límpido raudal.

Perdóname, si ofendo
con mi canción liviana
lo puro de tu sér.
La inspiración del alma
se enluta con el cántico
que á tu memoria angélica arranca el padecer.

Se enluta cual la luna
en la horrorosa noche
que brama el huracán;
se enturbia cual las aguas
del transparente arroyo
cuando encapota el cielo la ronca tempestad.

Marchitase doliente
como la pura rosa
al declinar el sol;
y á tu feliz recuerdo
la infortunada llora,
porque de los placeres engendro es el dolor.

Adios, Beatriz mía,
adios; cuando la aurora
ostente su arrebol,
yo moriré, y el alma
en pos de tí volando
te encontrará en el cielo, brillante como el sol.

AURELIO AGUIRRE. JUAN MANUEL PAZ.

Santiago, noviembre de 1857.

TRADICIONES RELIGIOSAS DE GALICIA.

Al paso que los hechos se apartan de la historia se reflejan en la tradición en colosales proporciones, del mismo modo que se engrandecen los ríos á medida que se alejan de la fuente que los produce. La tradición es para el poeta una mina inagotable de creaciones, y este género es tal vez el que contribuye á hacer más popular á un escritor.

La tradición es la historia del pueblo, historia inédita, sin trabazón, ni cronología,—que recita el campesino á sus hijos, agrupados en torno del hogar, en las largas veladas de invierno.

Galicia, esa provincia erizada de castillos,—como dijo Salas y Quiroga,—posee un tesoro riquísimo de tradiciones: no hay castillo derruido, no hay *mamoa* ni *castro* alguno que no tenga la suya, ridículas á veces, pero casi siempre poéticas é interesantes,—tradiciones que entrañan hechos indudables, aunque desfigurados por la exageración de las generaciones que pasaron.

Nosotros, á la vez que hemos empezado á publicar en nuestra *Revista* las tradiciones *feudales*, publicaremos también las religiosas, dando ya hoy principio con la siguiente:

EL CANASTILLO DE FLORES.

La noche había desplegado sus alas sobre la tierra: la espesísima bruma, que hacia algunos meses cubría á la antigua villa del Ferrol, era cada vez más densa, y ningún otro sonido que los lamentos de los moribundos y los gritos de sus deudos repetía el eco lejano.

La calamidad que referimos sucedió á principios del siglo XV. En esta época el Ferrol se hallaba reducido á un grupo de casas reunidas al derredor del convento de San Francisco como un grupo de mirtos y rosales que ha nacido al pié de un elevado ciprés.

Después de algunas horas de silencio y oscuridad, se oyeron los melancólicos golpes de una campana y un farol atravesaba las sombras. Un ministro del Señor iba á llevar el último auxilio á las almas que se despedían del mundo. Eran tantas las personas que demandaban la presencia del anciano, que después de haber este recorrido gran parte de aquel conjunto de casas, llegó á una fatigado y casi sin voz.

Acercóse á un miserable lecho donde había una muger agonizante; quiso hablarla y no pudo; sus rodillas vacilaron y cayó sobre un tosco banco, pálido y contraído su rostro por una convulsión mortal; se esforzó para alentar la moribunda; se levantó; acercóse á su lecho y cayó sobre él exclamando:

—¡Ya han muerto todos!

En efecto: él era el único que había sobrevivido á los demás, muertos á manos del cruel azote, que, cual el cólera de nuestros días, había llevado al sepulcro la mayor parte de los habitantes del Ferrol.

Un hijo de la infeliz doliente estaba á su lado, y con fervor imploraba para ella perdón al cielo; mas esta le pedía con ansia que buscarse un sacerdote, y entre las angustias de la muerte tendió su mano hácia el convento: su hijo la comprendió, y en alas de su amor voló al monasterio.

Salieron los monges á administrar el viatico llenos de alegría porque les había llegado la hora de ir á encontrar la muerte al lado de los invadidos por la epidemia, así como la habían hallado sus hermanos los sacerdotes de la parroquia. Llevaban blándones en sus manos, y sobre los hombros de algunos á imagen de la Virgen de la Merced. El joven les seguía haciendo votos por la salud de su madre, y como nada poseía mas que un jardín, *ofreció coronar todos los años de flores el altar de la Virgen si su madre vivía.*

Caminaron, y al llegar á casa del jóven; su madre salió á recibirlos. Empezó á alborear la aurora; el sol amaneció radiante, y la epidemia habia desaparecido.

El hijo cumplió su promesa, —y la villa del Ferrol para perpetuar la memoria de aquel acontecimiento, siguió ofreciendo anualmente á la Virgen un canastillo de flores.

LEOPOLDO MARTINEZ PADIN.

1848

SU LETRA.

¡Su letra, oh Dios, su letra...! Por besarla
cuánto en mi anhelo suspiré y gemí!
Mas ¿para qué, mis ojos, contemplarla?...
¡Si me escribiera á mi...!

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

1874.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON BENITO VICETTO. (1)

El Sr. Vicetto es otro de los hijos de Galicia digno por muchos conceptos de figurar entre esa gloriosa pleyada literaria que tanto honra y enaltece á nuestro país.

Poeta de corazón más que de formas, con una inspiración robusta y una imaginación rica y flexible, apenas hay un género de poesía que no haya invadido con éxito satisfactorio casi siempre, con resultados brillantes muchas veces.

Tan pronto la presente decadencia de nuestra patria y el recuerdo de las causas que la motivaron, le inspiran estos varoniles acentos:

¡Odio al inglés! — Por él en las tinieblas
se hundió nuestro brillante poderío...
¡Paso á mi voz!... ahuyéntense las nieblas,
y resuene en el Támesis úmbrio.

como la vista de las flores que bordan la pradera le dicta estos fáciles y expresivos versos,

Azules son como el cielo;
y al mirárlas en el suelo
múltiples y brilladoras,
presentando encantadoras
su poético color;
creo ver el pensamiento
en ellas, del firmamento
chispas de azul desprendidas,
en la pradera caídas
como lágrimas de amor.

ó el espectáculo de la naturaleza arranca de su lira
estos armoniosos y apasionados ecos:

La aurora brilla con su luz creciente,

(1) Copiamos esta semblanza de la interesante obra del Sr. Saralegui y Medina, titulada «Galicia y sus Poetas».

las aves cantan con vibrante ardor,
las flores alzan su aromosa frente...
se agitan todos respirando amor.

Lo mismo que la mayoría de nuestros poetas, el Sr. Vicetto ha sido fiel al sentimiento religioso que es uno de los caracteres distintivos de nuestra raza.

Hoy, cuando el fuego de las creencias se debilita y extingue, cuando el escepticismo se propaga con la rapidez del incendio, cuando la humanidad en fuerza de mirar á la tierra se ha olvidado de levantar los ojos al cielo; no puede ménos de llamar la atención el que todos los poetas de Galicia hayan pulsado la olvidada lira religiosa en medio de esa sociedad versátil y descreída, simbolizada por Goethe en el doctor Fausto.

El Sr. Vicetto, por su parte, no ha sido el último en rendir ese tributo al sentimiento propio de su raza, y con el fuego y la pasión que lo caracteriza, ha trazado un magnífico himno á la Divinidad, que sirve de introducción á casi todas las diversas ediciones de su colección de poesía que ha publicado desde el año 1834 hasta la fecha. — En sus producciones tituladas *A la soledad*, *A la puesta del sol en Africa*, y en otras variadas de las contenidas en el tomo que ha publicado recientemente, campea también, á la par que la belleza literaria, ese mismo sentimiento religioso, fecundo manantial donde han bebido su inspiración las glórias más grandes de la humanidad, venero inagotable de auras y maravillosas concepciones á la vez que de novísimas virtudes.

Pero lo que más distingue al Sr. Vicetto, lo que más lo significa, lo que mejor lo caracteriza, es su acendrado amor á Galicia, su provincialismo, su predilección por cuanto se refiere á este hermoso y olvidado país,

bello al nacer el sol en la alta sierra,
bello al morir el sol entre las olas!

como dice en uno de sus más inspirados cantos.

Galicia es siempre la musa del poeta, la hada de sus sueños, el objeto constante de su adoración y sus recuerdos.

Ni los arábigos vergeles de la oriental Granada, ni las hermosas orillas de Bétis, ni la imperial Toledo, ni la populosa ciudad de los Condes, con todos sus encantos, con todos sus atractivos, consiguen arrancar por un momento la memoria del suelo pátrio que inflama su corazón y que abrasa su alma. El riante cielo de Andalucía, la riqueza monumental de los antiguos emporios, la actividad industrial y mercantil de los grandes centros de producción, el fausto deslumbrador de la corte y de las primeras capitales, exaltan en vez de debilitar su sentimiento local, y los cantos que consagra á su patria son entonces más ricos de inspiración y de entusiasmo, más llenos de pasión y de ternura.

La belleza de su país le parece mayor á medida que visita nuevas regiones, que admira nuevas maravillas, lo mismo que Byron encontraba más hermosas las azuladas colinas de Escocia, después de haber contemplado los lugares más pintorescos de Europa. Por eso al encontrarse rodeado de encantos y delicias en la industriosa ciudad de los Berengueres, esa epopeya viviente del trabajo, la émula de Génova, la antigua reina del Mediterráneo; su imaginación se lanza á las feraces montañas de Galicia, no ménos poéticas y pintorescas que las *highlands* tan celebradas por Walter Scott, y exclame:

Que vea sus enhiestas
montañas, entre valles orlados de florestas,
precipitando saltos de limpio cristal;
que vea entre las sombras de lúgubres misterios

sus góticos castillos, sus calvos monasterios, que aferra con sus garras la piedra sepulcral.

Guiado por ese noble sentimiento de amor á la patria que es como parte de su vida, ha recorrido nuestros campos y nuestras marinas, nuestros valles y nuestras ciudades, recogiendo brillantes perlas de inspiración para formar una magnífica corona á su amada é inolvidable Galicia. Arrancando su secreto á nuestras montañas, interrogando á las ruinas que cubren nuestro suelo, penetrando entre las oscuras nebulosidades del tiempo y recogiendo las dulces melodías del pasado, ha conseguido escribir esas hermosas novelas llenas de interés dramático, de interés histórico, de interés local, que tan alto hablan en favor de su mérito literario y de su ardiente provincialismo. *Los hitayos de Monforte, El último Rodeo, El lago de la Limia, y en una palabra, todas sus novelas*, ventajosamente conocidas en la república de las letras, obedecen á una misma idea, á un solo pensamiento, todas se dirigen á fortalecer el espíritu de provincialismo y el amor á la patria, á esa infortunada Galicia, digna por tantos conceptos de la consideración y el aprecio de sus hijos.

En una época en que todavía no contábamos con una historia escrita digna de este nombre, las novelas del Sr. Vicetto prestaron un servicio inmenso á nuestro país, porque hijas en su mayor parte de la tradición, despertaron como era natural la afición á los estudios históricos, al mismo tiempo que salvaron del olvido todo un tesoro de ricos é interesantes episodios. Si, porque las tradiciones, como las fábulas que rodean la cuna de todos los pueblos, son por lo general elementos inapreciables para su historia. Rara es la tradición popular, la fábula ó el mito que no encierra un fondo histórico y real al través del velo ficticio con que la imaginación soñadora del pueblo embellece la memoria de sus héroes, los acontecimientos y las instituciones. La fábula de Gerion vencido y de pojado por Hércules en las costas de Galicia ¿qué es sino una alegoría de la invasión fenicia en nuestra patria y del triunfo de aquellos famosos mercaderes sobre los habitantes del territorio? (1) — ¿Qué son las narraciones maravillosas de los primeros siglos del cristianismo más que imágenes poéticas de la lucha y los triunfos del nuevo dogma sobre las antiguas religiones? Y ¿qué son, por último, lo mismo en Galicia que fuera de ella, todas las tradiciones dramáticas de la época feudal más que reminiscencias históricas de ese turbulento período de liviandades y desórdenes, de crímenes y desgracias? Por eso al describir la historia de un país es tan indispensable el auxilio de la tradición popular; y por eso decimos que las novelas del Sr. Vicetto, aun prescindiendo de su indisputable mérito literario, han prestado un servicio muy grande á nuestra patria, arrancando al olvido, entre poéticas ficciones, páginas enteras de la ignorada historia provincial.

Verdaderamente, puede decirse que la novela histórica no ha existido en Galicia hasta que el Sr. Vicetto se propuso sacar partido de las innumerables bellezas y de los magníficos cuadros que ofrece nuestra rica y variada historia a la imaginación y el talento del novelista.

Contiendas intestinas, grandes triunfos, conmociones populares, nobles turbulentos, crímenes horribles, virtudes sublimes... en una palabra, nada de cuanto puede proporcionar asuntos y materias á las más dramáticas é interesantes relaciones históricas,

nada se hecha de menos en los borrascosos anales de Galicia.

Aquí, donde viven los recuerdos del Medulio; donde batalló César; donde floreció Rechiario, el primer rey autóctono de Occidente; donde Alfonso el Casto triunfó de los árabes y Ramiro I de los normandos; donde duermen Ramon de Borgoña, Fernando II, Alfonso IX, la emperatriz doña Berenguela, y la infortunada doña Juana de Castro; donde celebró Cortes Carlos V; donde cruzaron Pedro de Castilla, Gelmírez, doña Urraca y Alfonso el emperador; donde cayó Pardo de Cela... Cada piedra es un recuerdo y cada fecha un monumento.

Por todas partes tesoros históricos, gloriosas memorias, admirables bellezas naturales, que ofrecen fecunda materia á todo género de composiciones literarias.

El campo elegido por el Sr. Vicetto no podía ser ni más espacioso, ni más rico, pero la circunstancia de haber sido el primero que, remontándose en espíritu á los pasados tiempos, se propuso explotar el tesoro de nuestras sublimes tradiciones, bastaría para hacer su apología, si el mérito de la ejecución no le asegura un nombre glorioso en los anales literarios de Galicia.

Cuando tanto se echa de menos en nuestros escritores el espíritu de provincialismo, cuando la historia del país, los caracteres locales y hasta su hermoso cuanto desconocido dialecto, se condenan al desprecio ó al abandono, la sola idea de inspirarse con un plausible exclusivismo en las tradiciones populares de nuestras montañas y en los recuerdos de nuestros tiempos caballerescos, demuestra una elevación de miras y una grandeza de sentimientos que nunca se encarecerán con exceso.

Porque si las obras de nuestros escritores, no han podido menos de tomar á veces el matiz de la patria y el clima en que vieron la luz sus autores, distan mucho de poderse comparar, bajo el punto de vista provincial, con las del Sr. Vicetto, en las que no hay nada que no sea pura y esencialmente gallego, desde el lugar de la escena, hasta los más ligeros accidentes de forma y de detalle.

Pensamiento, plan, fines, colorido... todo es de Galicia en estas interesantes producciones, que, aparte de su altísima importancia local, deponen elocuentemente contra la absurda preocupación de que los recuerdos, las bellezas y las impresiones del país no son capaces de servir para asuntos grandes y poéticos, al mismo tiempo que demuestran cuanto han errado nuestros escritores provinciales apartando la vista de los tesoros históricos y descriptivos que ofrece nuestro privilegiado suelo, para ir á beber sus inspiraciones lejos del horizonte de su patria.

No olvide la juventud gallega la provechosa lección que contienen las obras del Sr. Vicetto.

En ellas aprenderá á recibir y reflejar las impresiones de su país, las bellezas de nuestros recuerdos históricos y la hermosura de nuestras cuadros y nuestras costumbres populares, apartándose de la senda seguida hasta ahora por la generalidad de nuestro ingenios; y ya que nuestro amigo no ha tenido ningún modelo en su patria, tenga al menos muchos imitadores que compartan con él la gloria de haber impulsado y contribuido á la reacción literaria que tanto viene haciéndose esperar en Galicia.

Pero, aun abstracción hecha de su laudable predilección por las glorias y las tradiciones del país, el Sr. Vicetto, es en nuestro concepto, el más gallego de nuestros literatos, el que mejor simboliza el carácter provincial en lo que tiene de más sensible, de más culminante.

A poco que se conozca nuestro país, á poco que se estudie la vida de sus habitantes, se descubren

(1) Según la Crónica general de España por D. Alfonso el Sabio, Ercoles é Gerion lidiaron tres días que podían vencer, é en cabo venció Ercoles é cortó la cabeza, é mandó en aquel lugar facer una torre muy grande é fizo meter la cabeza de Gerion en el simiento do to, etc.

desde luego, como destacándose del cuadro de sus costumbres, de sus hábitos, de sus tendencias todas, dos rasgos principales, característicos, que son el sentimiento religioso y el amor á la patria. Fuera del recinto de las ciudades, donde la civilización asimiladora del siglo ha borrado, por decirlo así, las antiguas peculiaridades locales para uniformar la vida moral y material de las razas; difícilmente se encontrará un pueblo más profundamente religioso que el gallego, y á se le estudie en sus fiestas, en el interior de sus cabañas, en la soledad de los campos cubiertos con el fruto de su trabajo, ó en lucha con los horraceos mares que bañan sus costas escarpadas. La religiosidad de nuestros campesinos solo puede compararse con su amor á la patria, que es como una segunda religión para el hijo de nuestras montañas. El gallego es, entre todos los pueblos que habitan las diversas regiones de la península, el más amante de su país, como el más esencialmente religioso. Interin permanece en el valle en que ha nacido, a orillas del río que lo arrulló en su infancia, jamás su pensamiento se lanza á otras regiones, ni suspira por nuevos y más anchos horizontes, porque no concibe una felicidad comparable á la de

naitre et mourir sous le même toit

como dice el gran poeta romántico del siglo. Y cuando los azares de la vida le arrancan de aquel valle querido que es como su centro de gravitación, que es como la atmósfera de su alma, se apodera de su corazón la más negra melancolía, su ánimo se abate, y la *nostalgia*, ese dolor agudo y desgarrador, esa amargura de las amarguras, acaba generalmente por poner fin á sus días en medio del más acerbo desconuelo.

El Sr. Vicetto, participa en alto grado de esos dos sentimientos que forman la base de nuestro carácter provincial. Religioso sin afectación y amante de su patria hasta el delirio, sus novelas como sus baladas no pueden ménos de reflejar esos sublimes afectos tan propios y peculiares del pueblo gallego, y que constituyen, por lo mismo, los caracteres fundamentales de nuestra historia. Por eso sus obras son tan populares, por eso son tan justamente apreciadas, por eso su interés no decae jamás y siempre son leídas con la misma avidez, á diferencia de tantas otras, que nacen y mueren en el rápido transcurso de un día sin alcanzar más que el áura efímera del momento.

Ultimamente, al Sr. Vicetto cabe la gloria de haber sido el primero que acometió la difícil y estabrosa empresa de dotar á su país de una historia que ya debía estar escrita, pero que la incuria de nuestros mayores ha descuidado lastimosamente y cuyo deplorable vacío era urgente llenar por el decoro y buen nombre de Galicia.

LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA.

1867.

LA CAMELIA Y LA VIOLETA.

Orgullosa y hechicera
y con su hermosura ufana,
crece en tus jardines, Juana,
una camelia extranjera.

Y en la verde grama hundida
brotó á su pié con recelo,

del mismo color del cielo
una violeta escondida.

Contóme un ave parlera
que un blanco jazmin un día
su blanca frente mecía
sobre la flor extranjera.

Su aroma aspirar procura
porque de amor se consume,
y ¡ay! no tenía perfume
la reina de la hermosura.

Y desolado al verter
una lágrima indiscreta,
vió á la púdica violeta
sus lágrimas recoger.

Bajó lleno de dolor
la blanca frente de armiño,
pidió amor y halló cariño
en la purísima flor.

Juana, me dices discreta
cómo prefirió el jazmin
no á la reina del jardín
sinó á la humilde violeta?

No es extraño que lo ignores
siendo aún tanta tu inocencia:
es, Juana, porque la esencia
es la virtud de las flores.

JOSÉ CASTRO PITA.

GALICIA GEOLOGICA.

Tierra en general.—Terrenos geológicos: terrenos primitivos: terrenos secundarios: terrenos de transición: terrenos terciarios: terrenos de acarreo: terrenos volcánicos.—Suelo y subsuelo.—Tierras básicas.

IX.

SUELO Y SUBSUELO.—TIERRAS BÁSICAS.

No todos estos componentes de un terreno son igualmente importantes: algunos son accesorios y puede no haberlos sin inconveniente, como sucede con el hierro, el manganeso y el oro, con la potasa, la sosa y el amoníaco, y con el azufre y carbon; otros son verdaderamente constitutivos, son las tierras básicas ó elementales, á saber: la sílice, la alúmina, la cal, la magnesia y el humus.

La sílice es un ácido compuesto de oxígeno y silicio. Pura está en polvo basta te pesado, blanco, áspero, insípido, inodoro, ménos cuando se frota, que fosforece y dá olor. Al fuego es infusible; no la altera el aire: el agua la disuelve un poco, especialmente cuando acaba de ser aislada de sus combinaciones, no forma con ella masa capaz de moldearse y conservar su forma. Como la potasa ó la sosa caústicas se funde á un fuego fuerte en

vidrio, que resulta muy soluble en agua, si la potasa ó sosa están en exceso. El disolvente enérgico de la sílice es el ácido fluorico.

La *alúmina*, oxígeno y *aluminio*, rara vez se encuentra pura en la naturaleza, pero fácilmente la consigue el arte. Entonces es un polvo blanco, ligero, suave, insípido, inodoro, ménos cuando se humedece que da algun olor. Al fuego es infusible, pero se endurece disminuyendo de volumen por una fuerte retraccion de sus partes, cuando ántes se ha hecho masa; el aire no la altera, en el agua no se disuelve, mas queda largo tiempo suspendida, y con ella compone pastas muy finas, capaces de moldearse y conservar su forma, endureciéndose al fuego, como lo atestiguan todas las vasijas de loza. Son sus mas activos disolventes el ácido sulfúrico y el ácido acético.

La *cal*, óxido de calcio cuando está pura, se presenta ba o dos aspectos, viva y apagada. Es viva cuando no ha absorbido humedad alguna, y entonces se la vé en pedazos blanco agrisados, bastante ásperos, de sabor ácre y cáustico; es inalterable al fuego, pero al aire húmedo ó tocándole agua se calienta mucho, se hiede y se desmorona en polvo blanco fino, ménos cáustico, pero no obstante alcalino.— Este polvo, combinacion de agua y cal, se deslie y aun disuelve, aunque escasamente, en más agua, al fuego vuelve á perderla; tiene una notable afinidad con el ácido carbónico que usurpa rápidamente al aire, ó á otras combinaciones en que lo haya. Los disolventes principales de la cal son los ácido hidroclicó, nítrico y acético; con estos y con muchos otros forma sales, en cuyo estado generalmente se encuentra, siendo las más comunes las siguientes

A. *Carbonato de cal*—Combinacion de ácido carbónico y cal. De esta sal hay montañas enteras: no son otra cosa las piedras de cal, los mármoles, las gredas, las conchas y aun las cascarras de huevo. Existe en los vegetales y animales, y más ó ménos en todas las tierras. Se distingue en que al disolverse en los ácidos, ocasiona un vivo hervor, por el gas ácido carbónico que se desprende, y la disolución clara depona un polvo blanco cñadiéndole sal de acederas disuelto, ó zumo de limon; tambien en que al fuego pierde su ácido carbónico y queda cal viva.— El carbonato de cal, es insoluble en agua, pero con un exceso de ácido carbónico se hace muy soluble, mientras por un ligero calor ó de otro modo no pierde este exceso.

B. *Sulfato de cal*. Es la combinacion de ácido sulfúrico y cal, llamada comunmente yeso. Se encuentra en abundancia en la parte superior de los terrenos de sedimento, ya con testura grñosa, ya cristalina en hojas, ó como fibroso. Contiene 110 en peso de agua, al fuego la pierde quedando entonces yeso cocido, cuyo polvo reciente, con su volumen de agua forma guachas capaces de endurecerse mucho en algunos minutos, desprendiendo calor. Es poco soluble en el agua á la que hace dura ó cruda: es decir inepta para disolver el jabon, indigesta, y mala para cocer las legumbres, si ántes no se descompone el yeso que contiene, por un carbonato alcalino soluble, por ejemplo, la potasa.

C. *Fosfato de cal*, es la cal unida al ácido fosfórico. Los huesos de los animales contienen de fosfato calizo más de 2/5 en peso; todos los despojos

animales lo contienen tambien. Es blanco, insípido, inodoro, *inalterable al fuego más fuerte, completamente insoluble en el agua, pero muy soluble en los líquidos ácidos sin efervescencia*, y por su intermedio, en el agua, que lo presenta así disuelto á la succion.

D. *Nitrato de cal*, ó sea ácido nítrico y cal; se encuentra abundante en los terrenos bien provistos de despojos animales, y más en países calientes. De ellos se extrae esta sal, conocida vulgarmente con el nombre de nitro ó salitre, *sal muy soluble, que detona fuego mezclado con carbon*, por lo que es el principal ingrediente de la pólvora, y que precipita con la sal de acederas un polvo blanco reductible á cal con el fuego.

Magnesia es el óxido de magnesio, que se halla en combinacion con la sílice y otros ácidos en los terrenos de origen talcoso, formando sales muy amargas cuando son solubles, como lo demuestra el sulfato llamado vulgarmente sal de higuera. Entra en estado de fosfato á componer con el de cal los escrementos humanos, y en los granos.—La magnesa pura es blanca, muy ligera y muy suave, un poco alcalina, soluble algun tanto en agua, soluble del todo en el ácido sulfúrico formando la dicha sal amarga, y al aire susceptible de absorber la humedad y el ácido carbónico, pasando entonces á carbonato poco soluble sin un exceso de ácido carbónico.

Humus es la tierra vegetal animal, la tierra orgánica, resultado de la putrefaccion de vegetales y animales ó de sus despojos. De consiguiente el humus es animal, ó vegetal, al que se nombra más propiamente mantillo, ó en fin mixto. Se presenta como una tierra negra, ligera, untuosa; es combustible al fuego con olor en contacto del aire y sin este contacto carbonizable, y es soluble en los álcalis con los que forma sales, poco ó nada en los ácidos y tampoco en el agua, si no se ha unido ántes á un álcali como la potasa, la sosa ó el amoniaco.

Este compuesto de oxígeno é hidrógeno, de carbono, de azoe y de cuerpos minerales fijos. La combinacion recíproca de estos elementos da un principio inmediato, que es el que domina en el humus; principio nombrado *ulmina* ó ácido úlmico, que en su estado de pureza es negro como azabache, insípido y muy soluble en los álcalis formando una disolución parda. Así el humus es tierra muy fina, á que está intimamente mezclado ácido úlmico.

Absorviendo el humus un poco más de oxígeno, ya lo tome del aire ya del agua, forma ácido carbónico, entre tanto su hidrógeno y su azoe producen amoniaco; ambos compuestos solos ó en combinacion pasan á servir de alimento de los vegetales, con lo que poco á poco desaparece el humus del terreno, llegando á faltar enteramente, siempre que los mismos vegetales que ha producido y los animales que en ellos se sustenta, no dejen en el suelo sus despojos, reproduciendo con creces el humus necesario para las nuevas generaciones de plantas.

El humus puede estar en los terrenos en estado neutro dispuesto á descomponerse en nuevas combinaciones, formando un ulmato soluble de potasa, de sosa ó de amoniaco, y aun de cal; o puede tener un exceso de álcali que apesure su descomposicion, ó estar en fin en estado ácido por

falta de aire suficiente para ocasionar las reacciones necesarias. En este último caso es inútil y aún dañoso, ménos para ciertas plantas malas, pero neutro, y mejor aún alcalino, es verdadero principio de fertilidad, es tierra pronta á revivir transformada en lozanos vegetales.

De los principios accesorios del terreno sólo diremos, que de los tres álcalis, la potasa y la sosa son muy solubles, y el ammoniaco, compuesto de azoe é hidrógeno, es muy soluble y muy volátil; este viene principalmente de las materias animales, áquellos de los vegetales, ya terrestres ya marítimos, y de algunas rocas. La sosa es la base de la sal comun que se halla en el mar y en sus productos, en minas en el interior de la tierra con el nombre de *sal gema*, en los animales y vegetales, y hasta en las aguas que bebemos.

Respecto á los metales es el más comun en los terrenos el hierro en estado de óxido ú orin, de color rojo si no tiene agua, y amarillo si la tiene, ó tambien formando otras sales; mézclase con él bastantes veces el manganeso, ya oxidado, ya unido al ácido carbónico; el oro en fin es mucho más raro y escaso, y lo mismo puede decirse de los combustibles carbon y azufre.

1830.

J. M. Gil.

EN LAS ONDAS DEL AIRE.

Ausente de la luz de tu mirada
todo es congoja y duelo para mí,
por tí suspira el alma enamorada
y en las ondas del aire vuela á tí.

De mi vida en la noche nebulosa
tú fuiste un sol de mágico esplendor,
cuyos rayos de ámbar y de rosa
en mi espíritu amante reflejó.

Tú fuiste para mi faro luciente,
que de este mundo en el revuelto mar,
me guió hácia la playa dulcemente
y arrebató mi vida al huracán!

Tú fuiste y lo serás ¡oh encanto mio!
luz y faro celeste para mí;
y como verte por do quier ansío
en las ondas del aire vuelo á tí.

Nada importan los rios y los montes
á quien adora como adoro yo;
yo salvaré lejanos horizontes
en alas del amor que me inflamó.

Yo por tí y para tí tan solo aliento:
alienta tú tambien, mujer, por mí;
ten en mí, sólo en mí, tu pensamiento
como está siempre el mio sólo en tí!

Yo pido su cristal á las marinas
que un día reflejaron nuestro amor,
y su aroma á las flores purpurinas
que nacieron en torno de los dos;

y cristales y aromas noche y día
yo depongo, en espíritu, á tus piés...
¡oh vida de mi alma... y alma mia!
¿en las ondas del aire no me ves?

B. VICETTO.

Coruña. -1862.

LA BARONESA DE FRIGE.

V.

Una ama de cura.

—Y por qué no iba V. á palacio, buena Berta?

—Al palacio!... Dios me libre! Si lo supiera el señor abad, estaba perdida.

—Aun sigue queriéndome mal?

—Mal de todo, no señor; pero dice que es V. un judío.

—Toma! Judío tambien era su Jesucristo, pues Jesucristo fué natural de la Judea.

—Esas cosas... yo no las entiendo; pero lo que sé es que lo tienen á V. por un hombre malo.

—Pero... para tenerlo á uno por hombre malo, señora Berta, preciso es que uno haga maldades, y á mí no me remuerde la conciencia de haber hecho alguna.

—Ya lo sé, señor German; tambien si así no fuera, yo no vendria á verlo á estos sitios...

Y me apretó la mano con emocion.

—A estos sitios—prosiguió amorosamente—donde nadie nos vé y nos oye.

E inclinó la cabeza lánguidamente sobre uno de mis hombros.

¿Qué era aquello? Ah! era que aquella mujer material buscaba á la materia: era que aquella mujer toda atmósfera y escasa de espíritu, buscaba en mí, todo espíritu, la parte material ó atmosférica: era que aquella mujer, verdadera ama de cura, era la carne buscando á la carne.

Al obrar así la señora Berta, obedecía á su naturaleza continuamente excitada para la vida de los goces groseros, y yo la compadecí.

Pero mi compasion, la compasion que yo le demostraba respetándola, lo confundia la infeliz tomándose por un sér tímido ó cántido;—y esta conviccion de la desdichada la excitaba más y más á ser doblemente cariñosa conmigo.

—Señor German... me decía suspirando—si V. quisiera... si V. quisiera, los dos habíamos de ser muy felices; pues, si V. allá en sus tierras de Arzua, no tenia compromiso con otra mujer, podíamos casarnos, *pues yo soy muy rica*.

Y acentuó mucho estas últimas palabras.

¡Oh Florentina! ¡Oh, dulce memoria de mi vida! cómo te recordé en aquel momento comparándote con aquella desdichada como se comparan los contrastes en la balanza del sentimiento! Tú todo *poesia*, Florentina, y la señora Berta todo *prosa*! Tú todo espíritu y ella todo materia! Tú rehusabas ser la querida de tu señor, y ella proponiéndose comprar á un desdichado para marido!

Siguiendo los arranques impetuosos de mi razon contrariada, iba á despedir ásperamente á aquella mujer; pero me contuve,—quise sondear su riqueza, no por lo que me importára, sino por su procedencia.

—La época es mala para casarse, buena Berta;—

le dije—y yo gano poco de administrador de la baronía, y luego... vienen los hijos... y no hay dinero que llegue...

—Ay! ya llegará... ya llegará el dinero que tengo!

—Es decir que tiene V. mucho, señora Bertal!

—Para los dos, señor German, y para nuestros hijos, nos ha de llegar.

—Imposible! porque el salario del ama de un cura debe ser muy poco...

—Es que yo no tengo salario.

—Y luego?

—Tengo cuanto ganó el señor abad.

—Pues qué... la dota á V. acaso, con lo que tiene?

—Yo soy el ama de todo: todo el dinero viene á mi poder, y él no sabe lo que tiene, señor German.

—Pero... en ese caso... si V. se apoderaba de su dinero, eso sería un robo.

—No, señor German; porque él siempre me tiene dicho: «tú trátame bien y ahorra cuanto puedas que todo es para tí con tal que seas cariñosa conmigo; pues la reuma me mata.»

—Pero, aun así, ¿qué podía V. ahorrar, señora Berta, si cuanto les sobra á los curas debe ser para los pobres?

—Y de dónde saca V. eso, señor German?

—Toma! de Jesucristo. Jesucristo no tenía nada suyo: todo era de los pobres.

—Pero un cura no es Jesucristo, señor German.

—Cómo que no, señora Bertal un cura debe parecerse más que nadie, puesto que Jesucristo vino á la tierra á dar ejemplo de vida. Jesucristo era casto, y ellos lo debían ser también porque para eso hacen voto de castidad, y si quebrantan el voto entonces los curas son unos cómicos, unos farsantes.—Jesucristo era todo humildad y mansedumbre, y ellos son la soberbia andando.—Jesucristo no vestía seda ni oro, y ellos visten seda y oro.—Jesucristo no tenía amas, y ellos todos tienen la suya... Jesucristo no tenía...

—Basta... basta...—me interrumpió la señora Berta—todo eso que V. dice será muy bueno; pero ya le puede V. ir á mirar con eso... que no le oíría á V.

—Ya lo creo! como que me llamaria hereje ¿no es verdad, señora Berta?

—Hereje y más que hereje... porque ellos dicen: no hagas lo que yo hago, sino lo que debes hacer.

—Al contrario: ellos, como Jesucristo, debían dar ejemplo de vida.

Y fastidiándome aquella conversacion con la señora Berta, que no cesaba de suspirar, me despedí de ella amablemente y me dirigí al palacio.

VI.

Ángel ó demonio.

Me esperaba una carta de la jóven baronesa: en ella me acusaba el recibo de la letra, y me daba instrucciones para reparar algunas habitaciones del palacio, pues pensaba regresar á él al llegar la primavera.

Iba, pues, á conocer á Piedad como yo deseaba conocerla: no de potencia á potencia, de gran señor á gran señora, sino desde mi humilde condicion de su administrador.

Las ilusiones que yo me formaba sobre su belleza y sobre el claro-oscuro de su carácter, ocupaban continuamente mi fantasía. Las palabras *ángel demonio* de que se había valido el abad para calificarla, excitaban ya desde un principio mi interés por conocer á Piedad; yo bien hubiera querido indagar las particularidades de su vida en Frige; pero ¿á quién

preguntar si el único que podía ilustrarme era el abad y mis relaciones con él se habían roto?—Preguntar á los pocos criados que habían quedado en Frige, rudos y torpes, era imposible, porque poca luz podían darme respecto á los misterios de la vida íntima de Piedad que yo quería sondear.

El médico tal vez pudiera decirme algo; pero también mis relaciones con él se habían enfriado desde la venta de la abadía de Umbar.

Sin embargo de lo que pudiera padecer mi amor propio por humillarme al doctor, traté de saber por él algo respecto á Piedad, y al efecto adopté la forma que ménos nos lastimara á ambos: fingí un catarro, me acosté y lo mandé á buscar.

Atento el médico vino á palacio, me trató con la mayor cortesía, me recetó no sé que cosa, y se sentó cerca de mi lecho.

Yo aproveché aquella situación para abordar la cuestion que anhelaba, y le dije:

—Siento ahora mucho esta indisposicion, porque acabo de recibir instrucciones de la señora para arreglar algunas habitaciones de palacio, pues regresa al país.

—Regresa, señor German!

—Sí, doctor; y como ignoro su carácter, temo que se enfade por no encontrar todo dispuesto segun lo ordena.

—¿Y regresa tan pronto, señor German?

—Dice que pronto... al apuntar la primavera.

Estábamos á principios de febrero.

El médico calló como pensativo.

Yo proseguí:

—Y ya ve V... esas gentes no tienen consideracion á que uno esté enfermo ó no: mandan y lo que mandan lo quieren ver cumplido en el acto.

—Oh! lo que es ella...!—exclamó el médico.

Y se quedo parado, sin concluir la frase, como si hubiera dicho mucho.

—Ella... qué?—pregunté vivamente.

Y mis ojos se iluminaron por la ansiedad.

—Ella es muy viva de genio, señor German; y no le gustan las contrariedades.

—Pero cuando no dependen de uno, doctor... la razon la debe hacer tolerante.

—Sí... sí... pero el caso es que la razon no la conoce sino para sus fines, señor German. De niña era el mismísimo demonio... ¿qué genio!

Yo me callé:

El médico prosiguió:

—También es verdad, que las más de las veces era un ángel; pues no habia dulzura como su dulzura. La señora baronesa, señor German, es un ser particular; cuando se la cree á partir un piñon con uno, de repente se trasforma en una pantera sin saber por qué; y cuando se la cree enfadada con uno, de pronto la ve amable y cariñosa como una gacela.

—Eso—dije yo aparentando indiferencia—eso es propio de los caracteres vivos.

—Eso es—interrumpió el médico—propio de su carácter ligero y voluntarioso. Cosa que á ella se le ponga en la cabeza, ó muere ó la realiza: así que haria una casada de dos mil demonios...!

Calló el médico, y yo también permanecí callado.

Respecto al carácter de Piedad, si no se habia corregido en la vida del gran mundo que de seguro no, ya sabia algo, ya tenia algunas nociones que, aunque fatales, seguian interesándome. Me faltaba saber algo también de su físico y el médico me satisfizo con un solo rasgo, pues dijo después de unos momentos de silencio:

—Parece mentira, señor German, que aquella fisonomía angelical de Piedad, se contraiga como se contrae horrorosamente bajo la presion de una contrariedad.

No perdí ni una de estas últimas palabras del doctor. Todas se gravaron en mi memoria. Ellas me revelaban un tipo singular de mujer, como yo lo idealaba; —y cada vez se redoblaban mi anhelo de verme en escena con *mi señora*.

VII.

En escena.

Lleó por fin la primavera.

Piedad me escribió participándome el día que salía de Madrid y el que llegaría á Santiago.

Yo dispuse que saliese an de Frige para esta ciudad, los caballos que debían conducirla á sus estados con sus doncellas y equipajes.

Tres días de pues me dirigí á Corcubion, para esperarla y acompañarla desde esta villa á la baronía, donde todo quedaba dispuesto para recibirla dignamente.

El día que Piedad debía llegar á Corcubion, recibí un propio participándome la hora de su llegada á esta villa tan poéticamente situada en nuestras costas del Oeste.

La hora designada era á las seis de la tarde.

Yo salí á esperarla á la entrada de la villa; pero dieron las seis y las siete, y no parecía.

Cerró la noche.

Poco después se acercó á Corcubion un grupo de caballos.

—Viene la señora baronesa?—pregunté al primer jinete.

—Soy yo;—contestó una voz dulce y fina de mujer. Yo me estremecí, y quedé como desconcertado.

Las sombras de la noche, cerraban más y más condensándose en torno nuestro, de modo que yo no podía distinguir las facciones de *mi señora*; pero su voz, dulcísima, me impresionara profundamente.

—Señora baronesa le dije humildemente—yo soy German, el administrador de la baronía...

—Ah!—exclamó ella infantilmente—pues guíenos V. á la posada, señor German.

Yo, en tres ó cuatro saltos gimnásticos, me coloqué delante del caballo de la baronesa, y me dirigí al parador.

Ella me siguió al trote largo.

Llegué al parador, y le dije:

—Aquí es la posada, señora.

Y cogí el caballo por las riendas, para que se apeara.

Ella se apeó ligeramente como una hada:—yo la hubiera cogido en mis brazos de buena gana! Perdóname, Florentina; yo no la conocía aún, aún no había visto su rostro, y aquella mujer, demonio ó ángel, me atraía como el abismo.

Piedad penetró en el portalón, alumbrado ya por los mozos de la casa.

Entonces...

Entonces nos vimos...

Nos vimos... es decir, nuestros ojos, la luz de la materia, se fijaron con una reciprocidad casi espiritual, si esto puede entenderse. Nos vimos... es decir, yo sentía la luz de sus ojos azules en el fondo de mi alma oscura, iluminando celestialmente sus profundidades, como si sorprendiera todos mis dolores y todas mis esperanzas. Nos vimos... es decir, yo penetré con la luz de mis ojos en los senos de su alma.

Hubo un impulso veheméntísimo de simpatía, de atracción, en que nuestros brazos, como las alas de dos ángeles, iban á desplegarse y tenderse de el uno hácia el otro... pero, fuese la educación, las posiciones respectivas de ambos, porque al fin yo no

era sinó un criado de ella, tanto la baronesa como yo nos contuvimos súbitamente.

Ni Piedad me dijo nada, ni yo la dije cosa alguna. Inmóviles los dos bajo la impresión que nos conmovió, permanecíamos de pié como petrificados.

Piedad puso, por fin, término á aquella situación.

—Señor German—me dijo—al verlo á V. iba á abrazarle como si ya lo hubiera visto ántes... en el gran mundo... qué se yo!

—Señora baronesa le dije respetuosamente—yo sentí la misma impresión... pero... como nunca salí de mis montañas de Galicia...!

—Oh!—dijo él a riñentemente—que cosa tan singular! Vamos... es una locura.

En aquel momento llegó el resto de la servidumbre, y despejó más aquella situación embarazosa para ambos.

Todos se alojaron en el parador inmediatamente, y yo esperaba en mi cuarto que me avisaran para cenar, temblando de emoción por cenar al lado de aquel sér que para mí era un ángel, en voz, en belleza y juventud, á pesar de las gasas y tules negros en que parecía verse por la muerte de su madre.

Me avisaron por fin.

Llegué al comedor: pero no estaba ella allí.

Empezaban á tomar asiento en la mesa todos los individuos de la servidumbre.

Pregunté por la señora baronesa, y me contestaron que ya había cenado sola, y que se acostara.

Al oír esto me sentí tan humillado, tan herido en mi amor propio, no de conde, sinó de hombre, que no pude comer nada, y me retiré á mi cuarto después de disimular lo que pude la sensación de mal-estar que experimentaba.

Empezaba á sentir... y sentir es vivir.

Pa' é una noche horrible... A cada instante me daban impulsos de levantarme de mi lecho, correr al de Piedad y decirle:—«Yo soy tanto ó más que tú, cástate conmigo.»

Pero, esta ligereza, sería una verdadera locura. ¿Cómo casarme con Piedad, sin conocerla moralmente?

XIII.

Una cita para las Furnas.

Cerca del amanecer, me quedé algo dormido.

Cuando desperté, serían las ocho de la mañana, y no sentía ruido alguno en el parador.

Creí que aún estaban durmiendo todos, y rendido por la fatiga de la noche, me volví á quedar dormido.

A eso de las diez volví á despertar, pregunté... y ya todos habían abandonado el parador en dirección de Frige sin avisarme.

Mandé aparejar mi caballo, monté, y volé en pos de la baronesa y la servidumbre.

Al cabo de dos leguas alcancé la comitiva.

La baronesa iba delante, sola, siguiendo al guía. Yo me fui acercando poco á poco, como para que me distinguiera: lo conseguí, la saludé, pero, es i no me contestó: no hizo más que inclinarse un poco la cabeza, sin volver á fijarse más en mí.

Aquello volvió á herirme.

Aquel desaire lo sentí como ninguno en los senos de mi alma. También, es verdad, que yo me creía el conde de Amarante, y en aquel momento no era sino un criado de la baronesa de Frige.

B. Vicetto.

(Se continuará.)